

# Sentido artístico de Isabel la Católica

---

Castilla, aquel pequeño rincón que hizo independiente el genio y el tesón de su primer Conde Soberano, por divino designio, sin duda, se va a ensanchar, desbordándose, sobre Europa, conquistando un nuevo mundo, más allá del tenebroso mar y realizándose la anhelada unidad nacional.

Su fautora, Isabel I de Castilla, creadora de España, y que nace y muere en castellana tierra; la fémina sin igual, dechado de virtud suma, de fuerte ánimo, de inteligencia sublime, de belleza espiritual y física, devota, modelo de madres y de esposas, tal como la retratan en prosa sencilla y a la par clara y castiza Hernando del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos<sup>(1)</sup> y el gran historiador Marineo Sículo.

Sabía ataviarse con elegancia distinguida y correcta, sin afectación y solo en algunos actos de Corte, usando pocas joyas: gemas, brillantes, perlas y rubíes, ricos collares, aderezos de oro y plata, herencia familiar que, ante la conquista del último baluarte árabe, empeña en Barcelona para organizar las fuerzas armadas que, teniendo su cuna en la Santa Hermandad y en las Guardias Viejas de Castilla, moviliza con denuedo y presteza.

No reconoce obstáculos, cuando se trata del servicio de Dios y de la Patria, en aquel año glorioso culminante de 1492; testigo también del descubrimiento de América, gracias al apoyo decisivo de Isabel I.

.....

Aquella arquitectura gótica del siglo xiv, plena, vigorosa, auténtica, vívido muestrario indígena del arte, todavía llamado ojival, al llegar a la cima del siglo xv, en su superabundancia y exageración decorativas, varía por influencias extrañas, de todas conocidas, surgiendo la llamada modalidad flamígero-gótica.

---

(1) En la obra «Claros varones de Castilla» (Hernando del Pulgar), se hace el retrato exacto de la Reina.

Pero, en el glorioso *Reinado Católico*, alcanza la más subida adaptación al espíritu castellano, con acusadas y bien definidas características de nacionalización; es el *estilo isabelino*, magnífico y opulento, uniendo las tradiciones gótica, plateresca y morisca, dando de lado al gótico brillante, precursor de la derrota de aquel estilo, nacido en el siglo XIII, como heredero de lo románico.

Consortio de las nuevas ideas, es la fachada de aquel cenobio, mansión de veraneo de los Reyes Católicos, en Avila del Rey y de los caballeros, relicario del mausoleo que el florentino Fancelli hiciera con sus magníficas manos, para el Príncipe D. Juan, en 1515. «El fijo mucho amado», cuya muerte minó la salud y la vida de su madre sumiéndola en la melancolía que, más que las pertinaces fiebres, llevó a la otra vida a la gran Reina española y castellana, en Medina la del Campo, el 26 de noviembre de 1504.

Profeso en esta nueva escuela del arte soberano, Siloe, dejó muestra de su inspiración en San Gregorio, Santa Cruz y San Pablo de Valladolid; en el maravilloso sepulcro de los Reyes fundadores, padres de Isabel I, y retablo de la Cartuja de Miraflores, así como en el enterramiento maravilloso de su hermano el Rey niño, Príncipe D. Alfonso.

No menos, nos lega muestra de su ingenio, en el sepulcro del «mi loco», el paje real Juan de Padilla, hoy conservado en el Museo burgalés.

Casi a la vez, se elevaba la fachada con su incomparable hastial, de la Colegiata de Aranda de Duero, el Hospital de la Santa Cruz de Toledo, debido a Egas, y el sepulcro del «Doncel», inolvidable ejemplo marmóreo de la Catedral de Sigüenza.

Las grandes obras surgían profusas por los ámbitos todos de la nueva nación hispánica. El sepulcro toledano del Cardenal Mendoza, esculpido por Andrea en 1500; el Palacio de las Conchas de Salamanca, el atrio del Convento de Santa Paula, de Sevilla, y la obra ingente del Arquitecto, más documentado en el nuevo estilo Juan Guas, levantando la obra amada y más predilecta de Isabel, el Monasterio de San Juan de los Reyes Católicos, en la Ciudad Imperial toledana.

La Reina había triunfado de la fementida Beltraneja, pretendiente al trono, en la Batalla de Toro, ganada el día San Juan Evangelista. Y cumpliendo piadosa promesa de gracias por la victoria, se erigió este cenobio, donde campean profusas y simbólicas Águilas nimbadas de Patmos y haces y flechas del «Tanto Monta, Monta Tanto, Isabel como Fernando».

Motivos estos que, con sumo acierto simbólico-histórico, campean hoy en nuestro Escudo Nacional.

En estos anhelos artísticos de superación, de auspicios regios, y como en toda actividad, la Reina, no se daba punto de reposo; protegía y ofrendaba alientos a los artistas, precedidos de fama, y que justamente merecían figurar en la *Real Hoja*, que personalmente llevaba y escrutaba con el acierto que tenía en todo, dando a cada cual lo suyo, por lo que sus servicios y méritos se hacía acreedor; y nada más y nada menos.

Tal *Real Hoja* era un acabado modelo de organización y confronta; desde luego, con la colaboración de su Señor y Rey, su amado marido, D. Fernando, modelo de tozuda perseverancia y firme vigor; brazo ejecutor sin par, de los planes y sugerencias de la Reina.

En aquella lista figuraban lo más saliente y cumplido, en orden a todas las actividades nacionales, política, milicia, cultura y arte. Y no pocas veces, personas modestas que pasaban desapercibidas, a pesar de su valía, socialmente hablando, se veían de súbito señaladas para altos puestos, para cometidos importantes y de confianza, siendo los designados, los primeramente sorprendidos, por el designio regio. Y era tal su visión, su exacto y apto acierto, que jamás se equivocaba, en la selección electiva de actores.

Así tuvo a su servicio, que era el servicio patrio, a no pocos artistas, así nacionales como originarios de otros países, destacadamente del norte de Europa.

Pintores, de cuerpo entero, como Pedro Berruguete, en Castilla y Alejo Fernández, en Sevilla, Rincón, Bermejo y Pagano; sin excluir a Juan de Flandes, autor de las tablas diminutas que integraban el pequeño retablo del altar portátil, que ella no abandonaba en sus alcázares, campamentos y viajes.

Supo poner toda solicitud y entusiasmos en aquella gloriosa escuela palaciega de Pedro M. de Anglería, venero de Artes útiles y bellas, destacadamente música, según costumbre cortesana en boga; siendo la Reina una de las discípulas más aventajadas y a la que concurría aquel llorado Príncipe D. Juan, fallecido prematuramente a poco de casarse con D.<sup>a</sup> Margarita de Austria.<sup>(1)</sup>

Propulsó las enseñanzas salmantinas, fundándose en este inolvidable reinado, las Universidades de Sigüenza y Toledo, casi

---

(1) Walsh aseveró que educó al hijo para rey, feniendo a su lado condiscípulos escogidos y letrados asesores e informadores políticos y sociales.

simultáneamente y pronto a expirar el siglo xv y la de Santiago, tres años antes de su muerte. Mas no pudo ser testigo de la gloria del Cardenal Cisneros, *alma parens* de los estudios de Alcalá. Ella inicia las búsquedas arqueológicas, y por sus auspicios también, en Mérida, comienza la investigación de las ruinas romanas, a cargo de Lebrija.

Puede considerarse, sin temor a error, como precursora de la interpretación de símbolos litúrgicos y progreso de la Heráldica, de modo aislado y sin integrar unidad doctrinal. Tienen que pasar siglos hasta conseguir que, la Plástica litúrgica y la Simbología emblemática civil y religiosa, forme una nueva disciplina con el Abate Auber, francés, en el siglo xix, y al presente con el P. Pinedo, en España.

En las Cortes de Madrigal, de 1476, creadoras de la Santa Hermandad, se debatieron asuntos concernientes a la pujanza equívoca de la nobleza y al uso de escudos blasonados, entre otros, de señalado interés; pero de modo preponderante las Cortes de Toledo, de 1480, fueron venero de pragmáticas oportunas y precisas, acerca de reglas heráldicas, uso de blasones, símbolos jerárquicos de realeza y nobleza y señalamiento de bastardías. No menos, la Reina, prototipo de buen gusto, hizo que se señalaran conforme a normas regladas, los motivos decorativos del blasón, en lambrequines, soportes, tenantes, coronas, yelmos, etc. Porque Isabel I alcanzó a vivir los umbrales del Renacimiento; aunque maltrecha por el dolor, ni en el trance postrero de su vida<sup>(1)</sup> incomparable, ni en fastos anteriores de su reinado, no descuidó la tradición en materia artística, ni la admirada constancia y salvaguardia de las creaciones de sus padres Juan II de Castilla e Isabel de Portugal. Por eso campean en creaciones del arte, debidas a su inspirada iniciativa, como perennes alegorías simbólicas, veneras representativas de aquellas órdenes de Caballería, fundadas por el Rey su padre.

Así, se ostentan las de la Paloma del Ristre de la Escama y otras más. Y su fervor simbólico la lleva más atrás, no olvidando la de la Azucena o de las Jarras de Santa María, en aquellas fundaciones, salvaguardadas por una Advocación de la Santísima Virgen María, desde luego, con la característica *sine qua non*, de tener o haber disfrutado de Prelado o Abadía Mitrada.

---

(1) El caballero romano Colonna, jefe de patriciado, llegó a decir que Isabel I, aun estando grave, en su última dolencia, gobernaba el mundo entero.

Tal devoción simbólica va más allá de su muerte, en los baluceos de la hegemonía renacentista.

Así se acusa en los Mausoleos Regios de la Capilla Granadina, dirigida por Egas, de 1506 a 1517. Allí se observa en los bultos yacentes que el cojín, donde se apoya la cabeza de la Reina, está más hundido que el correspondiente a la testa del Rey, su marido, el de Aragón.

Elocuente y perenne testimonio hablado, aunque pétreo, de que la Reina superaba en inteligencia al Rey.

Y dirigiendo un recuerdo emotivo y de admiración sublime al Testamento suyo, hecho el 12 de octubre de 1503, fecha grande —octubrina— la más señalada universalmente, después de la Redención del Mundo, en el día actual de la Hispanidad, vemos resaltados los dos símbolos más grandes, para un Rey y un pueblo: de amor a Dios y a la Patria.

«El cuidado y apoyo de los nuevos hijos indio-hispanos, en servicio de Cristo y de la civilización, verdad única sirviendo al Cielo; y<sup>(1)</sup> que nunca debería perderse la plaza y tierra de Gibraltar». En una palabra, «Dios y Patria», en el corazón y la boca de la Reina, más Reina de España y del mundo entero.

*José Sarmiento Lasuén.*

---

(1) Pfanoll, en su Historia de la literatura española en el siglo de oro, afirma que los españoles se lanzaron a las playas americanas con la Cruz en una mano, signo de misión cristiana y, en la otra, la espada, símbolo de imperio.